

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VII Jornadas de Jóvenes Investigadores
6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Tomás Gold
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
tomasgoldd@hotmail.com

Eje 10: “Democracia y representación”

“54% + 46% = Argentina”

Tensiones en la representación política y límites de la negatividad:
el Cacerolazo del “8N”

Resumen

Pese a ser fenómenos recurrentes y de peso gravitacional en la política argentina desde el 2001, los llamados “cacerolazos” han sido relativamente poco estudiados. Sin embargo, cada vez que uno de estos escenarios de protesta toma lugar en nuestro país, se genera un debate público y mediático sobre su eficacia –o no- para generar cambios políticos e influir en la política democrática. En el ámbito de las ciencias sociales se ha vuelto recurrentemente al problema de la representación política, la democracia directa y los “nuevos repertorios” de protesta para evaluar sus consecuencias.

Este trabajo se propondrá, a través de los resultados extraídos de una observación participante, indagar en las características propias del cacerolazo denominado “8N”. Se intentará resaltar aquellos aspectos de la protesta íntimamente ligados a la representación democrática, para poder así comprender mejor el lugar que ocupan los cacerolazos dentro de las nuevas formas de protesta en nuestro país, así como también indagar en su especificidad y en los problemas que genera su interpretación a través de un análisis de dossier de prensa de los días previos y subsiguientes al mismo acontecimiento.

Introducción

Si se tiene en cuenta el considerable impacto que tuvieron los llamados “cacerolazos” en la vida pública argentina desde fines del año 2001 y principios de 2002, resulta llamativa la ausencia de bibliografía específica sobre el tema. Haciendo un vuelo rasante por algunos de los tópicos de investigación de los últimos años que de alguna manera se originaron en la preocupación por comprender los novedosos acontecimientos de aquel bienio y su posterior evolución, se pueden identificar trabajos dedicados a los nuevos movimientos de acción colectiva caracterizados por la territorialidad¹, al florecimiento asambleario², al desarrollo de mecanismos institucionales de democracia directa³ o al desarrollo de mecanismos participativos⁴, entre otros. Sin embargo, se le ha prestado poca atención a nuevas formas no institucionalizadas de participación política, entre las cuales es posible sostener -a modo de hipótesis provisoria- que los “cacerolazos” son una de las formas más recurrentes e importantes de la última década. En esta dirección, me propongo indagar en las características del “cacerolazo” acontecido el 8 de Noviembre del 2012 en la Ciudad de Buenos Aires, a partir de un trabajo de observación participante y un análisis de dossier de prensa que comprende los días previos y posteriores a dicho suceso⁵. No intentaré realizar una descripción o un análisis histórico-contextual de los hechos, sino que, como indica el título, el interés estará focalizado en profundizar en la relación que mantiene el “cacerolazo” con la representación política, por lo que intentaré identificar algunas características de dicha relación que puedan servir como marco para el estudio de las *formas* específicas que adquirieron este tipo de acontecimientos en nuestro país luego del estallido del 2001.

¹ Svampa y Pereyra (2003), Merklen (2010), Delamata (2002, 2005)

² Pousadela (2005), Palermo y Reboratti (2005)

³ Lissidini, Welp y Zovatto (2012)

⁴ Nardacchione (2011), Schneider y Welp (2011), Abal Medina (2012)

⁵ El dossier de prensa fue confeccionado en base a los periódicos *La Nación*, *Página/12*, *Clarín* y *Perfil*.

1.1

Breve etnografía cacerolera

El “cacerolazo” del 8 de Noviembre recibió rápidamente la denominación pública de “8-N”, habiendo sido impulsado y organizado casi enteramente a través de internet. Más específicamente, a través de las redes sociales “Facebook” y “Twitter”, donde ciertos grupos y usuarios individuales -algunos más y otros menos partidarios y organizados- difundieron el llamado a congregarse en el Obelisco a las 20:00 hs de aquel día. En cuestión de pocas jornadas logró generarse una movilización de centenares de miles de personas a nivel nacional e incluso internacional, abarcando varias provincias argentinas⁶ y algunas ciudades extranjeras⁷. En este sentido, no solo fue sorprendente la rápida difusión de la convocatoria, sino la magnitud de la protesta, difícil de equiparar con cualquier otra movilización de protesta de las últimas décadas. Nunca se supo con exactitud la cantidad total de asistentes: a diferencia de otros tipos de manifestación, el masivo reflujo de gente hizo que las cifras variaran entre 100.000 y 300.000 personas a nivel nacional, según cuál sea la fuente consultada⁸.

Fue notoria la superioridad organizativa respecto del cacerolazo previo –del 13 de septiembre-, ya que hubo algunas agrupaciones políticas directamente involucradas en la difusión de videos y afiches, además de la presencia en la movilización de remeras y carteles afines a las mismas. Si bien no reconocidas como partidarias, en general estuvieron relacionadas o tuvieron vínculos tangenciales con la juventud del partido Propuesta Republicana (PRO)⁹, lo cual fue problemático por el cuestionamiento generado por otros partidos opositores a esta actitud -cuestión sobre la que volveré más adelante-. Alrededor del Obelisco podían visualizarse globos de helio, proyecciones, y camiones con pantallas donde se reproducían videos caricaturescos sobre funcionarios

⁶ Se pueden mencionar aquí la Ciudad de Buenos Aires, Córdoba, Comodoro Rivadavia, Mendoza, San Miguel de Tucumán, Viedma, Rosario, San Luis, Salta, Catamarca, Mar del Plata, entre otras.

⁷ Hubo manifestaciones en ciudades como Río de Janeiro, Sidney, Londres, Miami, Nueva York, Roma, Madrid, Tokyo, Viena, Frankfurt, entre otras también. En estos casos, hubo una asistencia en general menor al centenar de personas.

⁸ Por poner un ejemplo, el gobierno nacional calculó entre 70.000 y 100.000 asistentes en Ciudad de Buenos Aires, mientras que la Policía Federal 150.000 y la Policía Metropolitana 700.000.

⁹ Algunas de estas agrupaciones son: “El Cipayo”, “La Solano Lima”, “El Anti-K”, “Yo no vote a la Kretina y Ud?”, “ONG Salvemos a la Argentina”. Sus fundadores o principales activistas están relacionados de manera directa o tangencial a la juventud del PRO.

gubernamentales, lo cual indica una *puesta en escena* más cuidada que en ocasiones previas a la ya mencionada.

En la Ciudad de Buenos Aires, el punto nodal de la convocatoria fue el Obelisco, extendiéndose la manifestación hacia la Av. 9 de Julio y Diagonal Norte, llegando también a ocupar parcialmente Plaza de Mayo. Si bien en esta zona céntrica se concentró el grueso de la multitud, también en otros barrios fueron cortados cruces de avenidas y esquinas importantes: Acoyte y Rivadavia, Corrientes y Pueyrredón, San Juan y Boedo, Cabildo y Juramento, entre otras. Sin embargo, y a pesar de su magnitud, el “cacerolazo” no fue demasiado prolongado: estando pautado para las 20 hs., ya para las 22:30 hs. la mayoría de los centros de protesta en la Ciudad, excepto –parcialmente- el Obelisco y Plaza de Mayo, se difuminaban progresivamente.

Estas dos características son llamativas. La convocatoria se congregó en el Obelisco, a diferencia de la mayoría de movilizaciones y protestas que tienen lugar en Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada. En este sentido, pareciera instaurarse una figuración distinta: no se trataba de *pedir* o *reclamar* algo al Poder Ejecutivo, sino simplemente de mostrarse públicamente en el centro neurálgico de la Ciudad. Haciendo alusión a un libro ya clásico, podemos decir que durante la protesta quedaba resaltada con fuerza la idea de “la plaza vacía”¹⁰. Pero además, en segundo lugar, la cuestión de la duración no es un dato menor. Comparando el cacerolazo con cualquier manifestación sindical, corte de calle estudiantil, marcha ó acto de protesta de los últimos años, es llamativo que un acontecimiento tan multitudinario y de impacto inmediato haya durado poco más que un par de horas.

Casi sin hechos de violencia, el sonido metálico impregnó repentinamente las calles de la ciudad, aunque no hubo demasiadas cacerolas. El tradicional utensilio fue reemplazado por cualquier tipo de cacharro metálico, lata ó sartén, perdiendo la centralidad simbólica que había tenido en el pasado¹¹. Las banderas argentinas, o directamente carteles con refranes, pinturas, chistes o caricaturas fueron mucho más frecuentes. Éstos se caracterizaron por su abstracción y su heterogeneidad, sin poder ser considerados estrictamente como “reclamos” o “demandas” puntuales. Algunos ejemplos altamente recurrentes merecen ser citados para ilustrar esta afirmación: “Yo no la voté”, “Contra la Korrupción”, “Contra la inflación”, “Contra la re-re y la reforma

¹⁰ Martuccelli y Svampa (1997).

¹¹ Roxana Telechea (2006) ha realizado un repaso de los primeros “cacerolazos” que tuvieron lugar en nuestro país, mostrando cómo las cacerolas vacías simbolizaban la falta de alimento en los hogares más carenciados. Este símbolo parecía haber quedado intacto desde 2001.

constitucional”, “Por un poder judicial independiente”, “Hoy decimos BASTA, queremos vivir en paz”, “Yo no te tengo miedo”, “Basta de mentirnos! Korruptos!”, “Respeten la Constitución”, entre otros¹².

Como se puede apreciar, la abstracción expresiva de las frases remite a su ambigüedad, ya que pueden ser interpretadas –y lo han sido- de maneras disímiles. Además, son relativamente heterogéneas, ya que aunque muchas hacen alusión a políticas gubernamentales recientes, otras no podrían encuadrarse simplemente como respuestas o demandas “estructurales” a las mismas. En tercer lugar, además de estas dos características, podemos decir que todas las expresiones incluyen un elemento irreductible de *negatividad*. Todas son *contra* una medida, una actitud discursiva gubernamental, o directamente una medida poco puntualizada¹³.

Por otro lado, fue llamativa la ausencia de expresiones y símbolos políticos tradicionales de cualquier tipo. No hubo logos ni símbolos partidarios, así como tampoco manifestantes que intentaran distinguirse por su afiliación o militancia política. Aquellos pocos que osaron mostrarse con alguna remera identificatoria, lo hicieron con el nombre de páginas de Facebook o usuarios de Twitter, sin hacer alusión explícita a matrices ideológicas ni a partidos políticos.

En concordancia con esta tendencia, en los días previos al cacerolazo la mayoría de los políticos opositores al Gobierno anunciaron que no participarían del mismo debido a que, como expresó Victoria Donda, “ir es colgarse de una convocatoria que es de la ciudadanía”¹⁴. En consonancia con esta afirmación de la diputada nacional, hubo un rechazo generalizado hacia el intento del PRO de organizar y dirigir la manifestación a través de las redes sociales. Tanto la Unión Cívica Radical como el Frente Amplio Progresista, Proyecto Sur y miembros del peronismo disidente reconocieron en los días previos que la protesta “es de la gente autoconvocada”¹⁵. Algunos fueron incluso más lejos, reconociendo que el cacerolazo no era solo “contra el gobierno”, sino “un mensaje para todos los políticos” argentinos que era necesario escuchar¹⁶. Aunque haya habido

¹² La selección que hice aquí remite a los “slogans” repetidos y más frecuentes, aunque durante el trabajo de observación pude constatar que la heterogeneidad fue mucho mayor que la que me permite expresar este trabajo.

¹³ Esta idea es desarrollada más adelante, especialmente en el apartado 2.2.

¹⁴ Matías Moreno. “Donda: El 8N es una convocatoria ciudadana, si vamos los políticos la enturbiamos”. *La Nación: Política*, 8 de Noviembre de 2012.

¹⁵ “8N: la oposición convocó pero no participará de las marchas”. *Clarín: Política*, 8 de Noviembre de 2012.

¹⁶ La frase es de Francisco de Narváez, aunque Hermes Binner, Julio Cobos y Victoria Donda se expresaron de manera similar. Cfr: “El 8N ya impacta en la política: la oposición intenta capitalizar el

referentes del PRO y de partidos políticos menores en el 8-N, ningún político de primera línea nacional se hizo presente, habiendo asistido únicamente Federico Pinedo y Sergio Bergman del PRO, y Patricia Bullrich del Grupo de Acción Política por la Unidad (GAPU). Haciendo una breve comparación, en el cacerolazo previo del 18 de Abril sí se habían movilizado los políticos, pero con un discurso similar: tomando “actitudes ciudadanas”, se presentaron “como uno más”, vistiéndose algunos de blanco, e identificándose y actuando como cualquier cacerolero. Elisa Carrió manifestó durante aquél cacerolazo que no se trataba de una especulación electoral, sino de participar en un “movimiento humanista”, mientras que otros referentes como Mauricio Macri no participaron, alegando que se trataba de “una manifestación convocada por la gente”¹⁷.

1.2

Hechos... ¡e interpretaciones!

Es indudable que el cacerolazo del 8-N fue el centro de la escena pública argentina durante un lapso de tiempo relativamente extenso. A lo largo de varias semanas, tanto figuras públicas del Gobierno como políticos opositores se refirieron al mismo en distintas ocasiones, generándose en la sociedad un cierto “revuelo” al respecto: la disputa por lo que “significaba” el cacerolazo inundó la escena pública, y numerosos personajes mediáticos pero también científicos sociales reaccionaron frente al acontecimiento, dando su propia mirada y opinión en programas televisivos y en notas periodísticas. Si bien ya he señalado algunos aspectos singulares y llamativos del cacerolazo, se podría sumar el siguiente: es un acontecimiento político de gran magnitud e impacto que ha sido interpretado de muchísimas maneras distintas, algunas inclusive contrarias entre sí, por políticos y científicos sociales de diversos ámbitos e ideologías. En pos de fundamentar esta afirmación, citaré aquí algunas de estas interpretaciones públicas sobre lo acontecido, intentando reflejar la pluralidad de sentidos que el acontecimiento tuvo para la mirada de sus espectadores pero también – quizás- de sus participantes.

Una primera interpretación identificó al cacerolazo como “anti-político” debido a la identificación de “la política” con los ciclos electorales. En una línea similar al

masivo cacerolazo”. *La Nación: Política*, 9 de Noviembre de 2012; y “La oposición destacó la masividad y los reclamos”. *Perfil: Política*, 10 de Noviembre de 2012.

¹⁷ “Toda la oposición se movilizó en el cacerolazo del 18-A”. *La Nación: Política*, 18 de Abril de 2012.

conocido argumento de Juan Carlos Torre sobre “los huérfanos de la política de partidos”¹⁸, el cacerolazo reflejaría una incipiente crisis de representación debido a que las demandas de los ciudadanos no se canalizarían electoralmente, es decir, no se corresponderían con la “oferta electoral”. Según esta visión, el cacerolazo sería el síntoma agravado de un problema político abierto desde el 2001.¹⁹ La segunda perspectiva adoptada por numerosos analistas y políticos se sostuvo en la idea de que el cacerolazo fue “abstracto” y por ende poco representativo. La gran multiplicidad de demandas y su alta abstracción habrían generado un efecto poco virtuoso ya que sólo expresarían el descontento de la gente, sin poder inscribirse en los mecanismos identificados como políticos *por excelencia*: los partidos, los liderazgos, las elecciones.²⁰ Una tercera visión sobre los hechos estuvo impregnada de un análisis clasista. Los caceroleros representaban la clase media y media-alta, y ésta solo defendía sus intereses económicos, reaccionando contra un gobierno que los restringía progresivamente. De alguna manera, la protesta habría sido una respuesta “superestructural” a un problema “estructural”, y la economía pareciera dirigir los tiempos de la política argentina.²¹ La cuarta interpretación corriente fue aquella que criticó la puesta en escena supuestamente “espontánea” y “ciudadana” del cacerolazo, cuando sería evidente que fue organizado. Las redes sociales y la utilización de Facebook y Twitter no generaría “a-politicismo” sino lo contrario: manejado por organizaciones opositores, los caceroleros habrían sido “dirigidos” y “arengados” sobre todo por el PRO. Lo interesante de esta interpretación es que al perder espontaneidad, la protesta perdería valor: ya no sería “ciudadana” sino “política”, confundándose con una manifestación partidaria común y corriente.²² Una quinta perspectiva se contrapone a la anterior: el cacerolazo sí habría sido espontáneo y ciudadano, sí habría sido autoconvocado, y las denuncias de organización solo intentarían “tapar el sol con las manos” al tachar de partidaria a una protesta imprevista y multitudinaria. Existiría en la Ciudad de Buenos Aires una franja de ciudadanos activos y vigilantes que cuestionarían

¹⁸ Torre (2003).

¹⁹ Se puede rastrear este argumento en las opiniones de Manuel Mora y Araujo y otros comentaristas. Por ejemplo: Manuel Mora y Araujo. “Cacerolas y falta de proyecto político”. *Perfil: Temas*, 22 de Septiembre de 2012.

²⁰ Ver sobre todo las opiniones de Horacio González. Por ejemplo: “La multitud abstracta”. *Página/12: Opinión*, 9 de Noviembre de 2012.

²¹ Ver por ejemplo la opinión de Edgardo Mocca. “La oposición inhibida”. *Página/12: El país*, 5 de Noviembre de 2012.

²² Esta interpretación fue muy recurrente dentro de la militancia kirchnerista en las redes sociales.

la violación de sus derechos, actuando espontáneamente y a través de la horizontalidad permitida por las redes sociales.²³

Sin lugar a dudas, esta enumeración podría continuar de manera infinita, pero el objetivo del presente trabajo no es “descubrir” el sentido final y único del acontecimiento, ya que esto es, en primera instancia, imposible. En efecto, uno puede acordar o estar en desacuerdo con cualquiera de las interpretaciones anteriores, e incluso tener otra visión sobre los hechos. Lo que es indudable es que existen pocos escenarios públicos de dicha magnitud que se presten a interpretaciones tan disímiles; y quizás esto no sea casual. ¿Porqué no pensar que la *forma* misma de los cacerolazos es la que genera dicha dificultad interpretativa? ¿No es posible que, a diferencia de otros acontecimientos públicos, los cacerolazos impliquen una novedad difícil de aprehender? ¿Responde esta dificultad, tangencialmente, a cambios y mutaciones políticas recientes en Argentina?

En los próximos apartados intentaré volver sobre todas las observaciones realizadas hasta aquí, intentando generar una nueva mirada sobre estos acontecimientos. Para este propósito, delinearé algunos problemas generados en el lazo representativo a partir del 2001, intentando dar cuenta de ciertas mutaciones contemporáneas de la democracia argentina que –a mi juicio- son necesarias para comprender a los cacerolazos como un fenómeno novedoso pero recurrente. Luego de haber establecido este marco teórico, propondré una serie de características que se han mantenido relativamente invariables desde los cacerolazos de aquél año y que pueden dar cuenta también del “8-N”, estudiado en el presente trabajo. Finalmente, postularé algunas conclusiones y reflexiones que pretenden plantear una línea de investigación para próximas indagaciones sobre este tipo de acontecimientos.

2.1

Participación no institucionalizada e identidades políticas en la Argentina pos-2001

Si bien la llamada “crisis del 2001” había logrado instaurar cierta incertidumbre respecto de la continuidad democrática en nuestro país, siguiendo a Isidoro Cheresky

²³ Por supuesto, esta interpretación es exactamente opuesta a la anterior. Además de reflejarse en la militancia de los partidos opositores en las redes sociales, algunos intelectuales o personajes mediáticos opositores se hicieron eco de este tipo de argumentos. Cfr. “El mensaje de las cacerolas según los intelectuales”. *La Nación: Política*, 9 de Noviembre de 2012.

podríamos decir que “el régimen político sustentado en el pronunciamiento popular” en Argentina “está instalado, de modo que las dudas iniciales sobre su fragilidad no están a la orden del día” (2010: 301). Es decir, hoy ya no se cuestiona la legitimidad de autorización de la democracia representativa, y el sufragio universal es reconocido como el único modo legítimo de acceso al gobierno. Sin embargo, paradójicamente, el pilar electoral-representativo pareciera no bastar para dar legitimidad a las acciones de los mismos gobernantes electos. En efecto, desde la década de los '90, pero sobre todo desde el rechazo generalizado a la “clase política” patentado en la crisis del 2001, pareciera que la legitimidad de las acciones y decisiones gubernamentales son puestas a prueba –e incluso vetadas- por la movilización y la protesta, por denuncias mediáticas, o por acciones y bloqueos judiciales, excediendo los ámbitos considerados por la ciencia política tradicional como “resolutivos” de los conflictos sociales. Este carácter inestable y constantemente actualizador es atribuido por Cheresky a una mutación política reciente en Argentina: estamos en tiempos de “democracia continua”, tiempos en los cuales “los gobernantes legales están sometidos a la revalidación de la legitimidad en cada una de sus decisiones significativas” (2011: 22). Efectivamente, si bien no se pone en duda la legitimidad electoral y por ende la legitimidad de autorización mayoritaria, las decisiones gubernamentales sí son puestas a prueba por fuera de los períodos electivos, generando lapsos de alta relevancia y conflictividad política incluso a pocos meses de haberse ratificado su continuidad en el poder. En este sentido, la democracia adquiere una dinámica mucho más fluida y menos atada a tiempos institucionales, y por ende la movilización ciudadana adquiere un rol novedoso y activo, sin poder prescindir de dispositivos institucionales pero trascendiéndolos de diversas maneras.

Dentro de este marco, la forma adquirida por las protestas del 2001 fue novedosa, ya que desafiaba la naturaleza misma de la democracia representativa al hacer referencia a la figura de la “autorrepresentación” o los “autoconvocados”. Como escribe el mismo Cheresky, “la fuerza de esa expresión total no podía ser sino la negatividad: la confluencia heterogénea en un punto común de rechazo a la representación política tal como era ejercida. Negatividad política que creaba un vacío de representatividad y abría todas las posibilidades de renovación política” (2008: 135). En efecto, el 2001 había abierto cuestionamientos que aún hoy no se han cerrado: ¿fue un rechazo a la representación? ¿O deberíamos interpretarlo como un rechazo hacia aquellos

representantes?²⁴ Es decir, ¿cómo es posible aprehender un *momento* extra-institucional y parcialmente anti-representativo como el de los años 2001-2002 desde una perspectiva democrática? Sin pretender adelantar mi respuesta aún, pareciera que la *forma* misma de los cacerolazos llegó para quedarse. La reacción del 2001, como argumenta Cheresky, “parece formar parte de una transformación duradera de la relación de la ciudadanía con los políticos” (2008: 130). Pero podríamos preguntarnos: ¿De qué transformación se trata? Y, ¿cuán duradera es?

Tomaré como hipótesis aquí, en consonancia con los argumentos presentados, que una gran proporción de la ciudadanía argentina está dispuesta a comprometerse en rechazar medidas gubernamentales, pero no necesariamente está dispuesta a proponer alternativas o generar canales institucionales de sustitución de los políticos que llevan adelante dichas medidas. Es decir, una porción de la ciudadanía parece identificarse con el rechazo y la demanda puntual, sin preocuparse de la misma manera por una construcción comunitaria alternativa y duradera²⁵. En un contexto de identidades políticas volátiles, la construcción de identificaciones alrededor de un rechazo o un veto pareciera ser más frecuente, rápida y fácil de organizar que cualquier consenso extendido. Para referirse a esta tendencia contemporánea de la política, Pierre Rosanvallon ha acuñado el término de “democracia de rechazo”, el cual denota que “la capacidad de resistencia y obstrucción son [...] los comportamientos que desempeñan el papel mayor en los campos político y social” en la actualidad (2007: 178). Comprender a la democracia argentina pos-2001 como una “democracia de rechazo” pareciera excesivo y normativo, pero hay que admitir que este concepto es pertinente para analizar acontecimientos centrales como los que me propongo en este trabajo. Si bien nadie puede negar que en la última década los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández tuvieron un apoyo ciudadano amplio, indiscutible y patente en las mayorías electorales, tampoco se puede negar que los cacerolazos del 2008 y del 2012 fueron cruciales en tanto generaron vetos ciudadanos a políticas importantes –por un lado- y encabezaron las disminuciones más importantes en imagen y apoyo electoral de todo el período 2003-2013 –por otro -.

Ahora bien, a partir de este argumento es necesario plantear una cuestión fundamental que surge casi inmediatamente del mismo. Si estamos en tiempos de

²⁴ Esta discusión está abordada parcialmente en: Pousadela (2005)

²⁵ Un argumento similar guía el trabajo de Schnapper (2004), aunque no sea totalmente equivalente al planteo que realizo aquí.

“democracia inmediata”, y existen ciertas tendencias a la movilización ciudadana en pos de rechazos que no son inteligibles únicamente a partir de los períodos electorales, sino que generan masivas participaciones que no responden a dispositivos institucionales, ¿porqué no pensar que existen *momentos* políticos que pueden definir políticas públicas, candidatos o proyectos, y que no se caracterizan por ser duraderos, pautados, e institucionales? Si tomamos en cuenta el surgimiento esporádico de los cacerolazos en la democracia argentina reciente, todo pareciera indicar que se inscriben en esta lógica, la cual, por otra parte, está recibiendo gran atención por parte de la comunidad académica, desde distintas perspectivas teóricas²⁶. Aunque, como señala Bernard Manin (2007), no existe todavía un consenso establecido sobre cómo llamar a este tipo de manifestaciones, el surgimiento de formas no institucionalizadas de participación política corre a la par del establecimiento y consolidación de los mecanismos electoral-representativos, aunque estos parecen verse algunas veces confrontados y otros fortalecidos por la aparición en el espacio público de movilizaciones esporádicas y relativamente efímeras, pero de gran impacto político.

2.2

Entre la negatividad, la abstracción y la heterogeneidad: los *cacerolazos* como una nueva forma política

Es posible decir, entonces, que a partir del 2001 los cacerolazos tuvieron un rol importante en la democracia argentina en tanto movilizaciones ciudadanas no institucionalizadas de rechazo. Inclusive, pareciera que han presentado ciertas características invariables desde aquel año hasta la actualidad. Por supuesto, los contextos específicos en los que se generaron, los actores y las consignas son distintos, aunque de todas maneras es posible aislar ciertas *formas*, ciertas *puestas en escena* que se mantuvieron incólumes y que atraviesan los escenarios en los que los cacerolazos tienen lugar. A continuación intentaré enumerar algunas de ellas, esbozando características que dan cuenta del “8-N” pero también de algunos cacerolazos que han tenido lugar en la Ciudad de Buenos Aires en los últimos años.

En primer lugar, los cacerolazos son fenómenos políticos de **negatividad**. Esto implica que se generan *contra* algo: un discurso, una decisión, una medida

²⁶ Cfr. Klingeman y Fuchs (1998), Warren (1999), Norris (2002), Manin (2007).

gubernamental, una ley sancionada por el Congreso, etc. La idea de negatividad no implica simplemente una “demanda” al gobierno, sino que expresa “el compromiso pero a favor de un rechazo” (Rosanvallon, 2007: 183). En este sentido los cacerolazos no parecen ser un nuevo tipo de protesta rutinizada por la ciudadanía, sino una movilización puramente inmanente. Al ser negativos, no permiten ningún tipo de “articulación” -en el sentido dado al término por Laclau y Mouffe (2010)-, ni parecieran tener algún centro desde el cual se irradian consignas, órdenes o directivas; al igual que en el caso de las protestas alterglobalización, parecieran tener una estructura “rizomática” (Deleuze y Guattari, 2010). Como ha expresado Cheresky respecto del 2001, “el estallido del cacerolazo [...] no puede ser estimado en su vigor en los términos en que lo era la movilización tradicional llevada a cabo en lugares consagrados y que se inscribía en una lógica de relaciones de fuerza según el número de sus concurrentes” (2008: 133). Este nuevo tipo de movilización, al igual que muchas otras surgidas en la década del ’90, parece enmarcarse en una lógica que desafía fuertemente los criterios tradicionales según los cuales la acción colectiva respondería al conflicto central entre el “Capital” y el “Trabajo”²⁷. A diferencia de modos más tradicionales de movilización, los cacerolazos parecieran no estar guiados de manera “orgánica”: si bien pueden existir organizaciones o militantes que intenten captar o dirigir parte de la acción, en general no son exitosos o tienen poca incidencia en el acontecimiento general.

Esta última característica mencionada se relaciona con la segunda significación que no ha mutado desde el 2001: los cacerolazos no implican la “anti-política”, sino que son simplemente “**anti-políticos**”. Con esto no quiero decir que no puede haber políticos profesionales dentro de este tipo de movilizaciones, sino que en el caso de que los haya, estos quedan deslegitimados si osan actuar como tales. Es decir, la legitimidad de los cacerolazos está dada por una cierta *puesta en escena* de des-identificación respecto de cualquier liderazgo partidario. El “que se vayan todos” del 2001 es, obviamente, el ejemplo paradigmático, pero inclusive en el cacerolazo del 2012 hemos visto que ningún político quiso atreverse a adjudicarse la representación de la movilización. Los que salieron a las calles se identificaron “como uno más”, y los que prefirieron no participar se expresaron en contra de la “partidización” del cacerolazo. Inclusive, algunos criticaron al PRO por haber influenciado en la organización a través

²⁷ Cfr. Auyero (2002), Delamata (2002), Farinetti (2002).

de las redes sociales. Por supuesto, esto presenta un problema que los analistas no han dejado de señalar: tanto la primera característica –la negatividad- como la segunda –su carácter anti-políticos- generan rispideces con la idea de representación. Volveré sobre este tema más adelante.

En tercer lugar, los “caceroleros” **carecen de una identidad política** fácilmente identificable y son altamente **heterogéneos** en relación con otros tipos de protesta. En los cacerolazos los ciudadanos parecen simplemente “mostrarse” antes que “reclamar”, siendo la negatividad misma el aglutinante de la movilización. No existe ningún “significante vacío” que aglutine demandas, sino que este tipo de manifestaciones se mantienen en un registro inmanente, rechazando, como mencioné antes, cualquier tipo de mediación representativa. Al igual que ha expresado Marina Farinetti (2002) respecto de los estallidos, no podemos suponer que existe una “unidad intencional” que aglutine a todos los protagonistas, ya que no existen en general interacciones previas entre ellos. Como expresa esta autora, la falta de unidad intencional genera la posibilidad de una alta heterogeneidad en los participantes, los cuales forjan su identidad en la participación misma. Esto provoca, al mismo tiempo, lo que había denominado la **abstracción expresiva** de los participantes. Como se hizo patente en el “8-N”, era imposible reducir todas las expresiones, pancartas, pinturas, cánticos, en una sola idea, imagen o significante. Si bien el cacerolazo fue claramente anti-gubernamental, hubo inclusive carteles como “Menem=50%, De la Rúa=48%, Crísti=54%, ¿Y?”, ó también “54%+46%=Argentina”, que no expresan simplemente un rechazo a los gobiernos kirchneristas. Es difícil esbozar una interpretación del cacerolazo en su totalidad, pero aún más en el caso de la mayoría de este tipo de expresiones abstractas, las cuales no son fácilmente traducibles en “posiciones” o “identidades” políticas con algún tipo de estabilidad temporal.

Por último, son acontecimientos relativamente **efímeros** y de **gran impacto público**. Como vimos en el primer apartado, el cacerolazo del 8-N duró poco más que tres horas, lo cual es relativamente poco en comparación con otras protestas ciudadanas. Si bien hubo un gran reflujo de gente es difícil calcular la asistencia total, y esta característica se ha repetido, por ejemplo, en los acontecimientos del 2001-2002. Incluso, como ha escrito Cheresky sobre aquellos años, “la amplitud de la movilización fue decisiva, puesto que tuvo capacidad para conmover el sistema institucional, pero al mismo tiempo era infigurable. Toda la ciudad parecía involucrada y todo el mundo parecía sumarse a la protesta” (op.cit.). Podría argumentarse contrariamente que el

cacerolazo del “8-N” no tuvo un impacto institucional visible, y que tampoco “todo el mundo” pareció sumarse a la protesta. Sin embargo, es cierto que el impacto y el alcance ciudadano no pueden ser estimados de la misma manera que un corte de calle o un piquete. Los cacerolazos parecieran, efectivamente, conmover a la sociedad durante un lapso relativamente largo de tiempo, aún cuando su duración sea efímera y sus participantes no sean representativos del conjunto de la sociedad²⁸. El efecto de deslegitimación que causan a nivel político, y el impacto público que generan en la sociedad son tremendamente poderosos, habiendo generando –o profundizado de manera impactante- los períodos de “imagen negativa” más extensos del ciclo kirchnerista.

3.1

(Auto) representación e interpretación: ¿qué lugar ocupan los cacerolazos en la democracia argentina reciente?

Retrocediendo al inicio del trabajo, me gustaría sintetizar algunas reflexiones que he propuesto como marco teórico para el análisis del cacerolazo del 8-N. Resumiendo, he afirmado que la forma democrática actual presenta un carácter continuo, en el cual la ciudadanía tiene un rol central que se expresa tanto electoralmente como *entre* períodos electivos. Por esta razón, algunas formas no institucionalizadas de participación política han surgido en la Ciudad de Buenos Aires, siendo los “cacerolazos” una de las más recurrentes, con características específicas. Estas características están relacionadas con su capacidad única de expresar un rechazo generalizado de negatividad, donde incluso la legitimidad de la protesta implica la expulsión de cualquier figura política de la misma. Como he expresado previamente también, esta tendencia no se da únicamente en la Ciudad de Buenos Aires sino que es una tendencia a nivel mundial generalmente localizada en grandes centros urbanos, donde la desconfianza hacia los políticos profesionales, y el control y el rechazo hacia sus acciones parecieran ser superiores a los del último siglo. Ahora bien, dos interrogantes centrales surgieron a partir de estas reflexiones que todavía no han quedado resueltos: ¿en qué medida los “cacerolazos” son “autorrepresentativos”? y ¿por qué generan numerosas interpretaciones en la esfera pública sobre su significado?

²⁸ Efectivamente, ¿En qué protesta lo son? O, siendo más incisivos, ¿podría hablarse de una protesta de “la sociedad”?

En general, una de las críticas más interesantes que se han realizado a los cacerolazos (y, especialmente, al del “8-N”) ha sido su oposición a la institucionalización, y por ende, a canales tradicionales de representación. De esta manera, los cacerolazos son descalificados por ser protestas “abstractas”, “poco representativas”, ó directamente “golpistas”. Sin embargo, todas las evidencias parecieran apuntar en la dirección contraria. Efectivamente, los ciudadanos que participan en los cacerolazos no dejan de participar en elecciones periódicas ni parecen rechazar la representación *per se*, lo cual no quiere decir necesariamente que la *forma* de los cacerolazos corra en paralelo a las formas institucionales de representación. En otras palabras, los cacerolazos no parecen amenazar el lazo representativo, sino que en todo caso generan una conflictividad inherente a las democracias contemporáneas que tensa los presupuestos sobre los que dicho lazo representativo se asienta.

Si partimos de la constatación de que las democracias representativas actuales contienen -irremediablemente y por su deriva histórica- elementos de igualdad pero también de distinción entre representados y representantes (Manin, 2006), los cacerolazos parecieran funcionar como una forma no institucional de contrapeso frente al principio de distinción. Es decir que los cacerolazos, en tanto forma de participación política no institucional de rechazo hacia acciones, posturas o proyectos de los representantes electos, sirven a la ciudadanía argentina como una forma política que es eficaz en tanto resta inmediatamente legitimidad al considerar dichas acciones, posturas o proyectos como “poco representativos”. De allí que no podamos decir que sean “anti-democráticos” o “anti-representativos”, ya que, como argumenta Rosanvallon, son formas que se oponen pero al mismo tiempo complementan a la democracia electoral-representativa, y por ende también a la autorización mayoritaria brindada a los gobernantes. Los cacerolazos no impugnan la distinción entre gobernantes y gobernados, sino que parecieran ser estallidos de reacción frente a una percepción de distanciamiento de los gobernantes por parte de los gobernados. En este sentido, la figura de la “democracia de rechazo” que había esbozado previamente se hace clara: no es que la ciudadanía sea pasiva, sino que los representados se comprometen en rechazar decisiones de sus representantes cuando aumenta su percepción de que los mismos abusan del principio representativo de distinción.

En este sentido, me interesa introducir una noción elaborada por el sociólogo Martín Plot que puede servir para repensar el problema de la interpretación sobre estos acontecimientos. Este autor entiende que las sociedades democráticas contemporáneas

precisan indefectiblemente de un ámbito institucional de resolución de conflictos, pero que además su curso está definido por *momentos* políticos que monopolizan la atención colectiva, llamados por el autor “tiempos públicos”. Es decir que las instituciones pero también las interpretaciones públicas no se ven únicamente actualizadas por el recambio pautado de representantes y los momentos electorales, sino también por *escenas* públicas que monopolizan la atención de la sociedad (o de parte de ella) y generan una multiplicidad de discursos que pugnan por dar forma a esa misma escena (2008: 182).

Esta descripción me es útil para comprender, de alguna manera, la multiplicidad de interpretaciones que los cacerolazos generan. Si estos acontecimientos son un tipo novedoso de participación política de carácter no institucional y negativo, que además tienen una heterogeneidad radical en cuanto a sus consignas y a la identidad política de sus participantes, no resulta totalmente extraño que la pluralidad de significados que se generan en la esfera pública a partir de ellos sea mayor que respecto a otros acontecimientos. Además, los cacerolazos suelen tener un gran impacto público y una alta cobertura mediática²⁹, monopolizando de esta manera la atención y la reflexión de la sociedad durante semanas ó incluso meses. Por otro lado, como se ha constatado en las elecciones de medio término de 2009 y 2013, sus implicancias negativas en la legitimidad gubernamental son considerables³⁰. Me animaría a decir, entonces, que en la última década los cacerolazos concentrados en la Ciudad de Buenos Aires fueron *tiempos públicos*, es decir, momentos extra-electorales de relevancia y conflictividad que monopolizaron la atención y generaron nuevos significados e interpretaciones sobre el rumbo político general del país.

Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo he intentado desarrollar tres líneas de reflexión distintas pero que apuntan a intentar comprender un mismo fenómeno. En primer lugar, reconstruí un trabajo de observación participante y un análisis de dossier de prensa realizado a partir del cacerolazo del “8-N”, haciendo énfasis en las características del

²⁹ Esta característica no resulta únicamente del cacerolazo del “8-N”, sino también de los previos. El rol de los medios respecto de la participación ciudadana me parece claro en el trabajo de Peruzzotti y Smulovitz (2002).

³⁰ Por supuesto, es imposible medirlas cuantitativamente, pero nadie se animaría a afirmar que los cacerolazos del 2008 y los del 2012 tuvieron poco que ver con la disminución de imagen y cantidad de votantes afines al kirchnerismo. La misma lógica podría utilizarse respecto del 2001: no es tanto una cuestión cuantitativa, sino una cuestión de impacto público.

acontecimiento que me parecieron relevantes, y también en las interpretaciones generadas en los días posteriores tanto por sus participantes como por periodistas y académicos externos. En segundo lugar, intenté esbozar algunas características que presentaron los cacerolazos en nuestro país desde 2001, entendiendo a los mismos como una nueva forma política no institucionalizada de participación ciudadana. En tercer lugar, hice uso de un marco teórico que me permitió ampliar el nivel de análisis e insertar el estudio de este tipo de acontecimientos dentro de ciertas reflexiones sobre la legitimidad y la representación en la democracia argentina contemporánea.

La línea argumentativa que entretengan estos tres niveles puede resumirse en el intento por comprender a los cacerolazos no simplemente como otro modo – o “repertorio”- de protesta, sino por comprender su impacto político y sobre todo su rol dentro de la democracia argentina reciente. Es evidente que no me he enfocado únicamente en estudiar a estos acontecimientos como reflejos estructurales de los contextos en los que han surgido, aunque sin lugar a dudas los actores, consignas y modos de escenificación hayan variado en las distintas manifestaciones. Por esta razón, el objetivo del trabajo no es solamente presentar un resumen o una descripción de este tipo de movilizaciones, sino comenzar a construir un marco teórico que pareciera estar escasamente explorado en las reflexiones politológicas argentinas sobre la participación política no institucional y el rol de la negatividad y el rechazo en la vida pública. Como aclaré en la introducción, los cacerolazos son un tema poco estudiado, y se ha pasado por alto –a mi juicio- su importancia en el curso de los acontecimientos políticos de la última década. Quizás la proliferación de este tipo de movilizaciones desde el 2001 contribuya a una mayor indagación sobre las mismas.

Bibliografía

- Abal Medina, J.M.** (comp.) (2012). *Participación y control ciudadano. El funcionamiento de los mecanismos horizontales y societales de accountability en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Auyero, J.** (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular*. Buenos Aires: UBA-Ediciones del Rojas.
- Cheresky, I.** (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO-Manantial.
- (2010). “Representación institucional y autorrepresentación ciudadana en la Argentina democrática”, en Cheresky, I. (comp): *Ciudadanos y política en los albores del Siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO-Manantial.
- (2011). “Ciudadanía y democracia continua”, en *Temas y debates*, n° 22, Julio-Diciembre, Rosario.
- Delamata G.** (2002). “De los *estallidos* provinciales a la generalización de las protestas en Argentina”, en *Nueva Sociedad*, n° 182.
- (comp.) (2005). *Ciudadanía y territorio*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Deleuze, G.; Guattari, F.** (2010). *Rizoma. Introducción*. Valencia: Pre-Textos.
- Farinetti, M.** (2002). “La conflictividad social después del movimiento obrero”, en *Nueva Sociedad*, n° 182.
- Klingeman, H. D.; Fuchs, D.** (eds.) (1998). *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- Laclau, E.; Mouffe, Ch.** (2010). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lissidini, A.; Welp, Y.; Zovatto, D.** (2012). *Democracia directa en Latinoamérica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Manin, B.** (2006). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- (2007). “Publikumsdemokratie revisited”, en *Kritik der repräsentativen Demokratie*. Berlin: Matthes & Seitz. (Versión mimeo)
- Martuccelli, D.; Svampa, M.** (1997). *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Merklen, D.** (2010). *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática [Argentina 1983-2003]*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Nardacchione, G.** (comp.) (2011). *Todos juntos. Dispositivos de participación de los gobiernos locales en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo – UNGS Editorial.
- Norris, P.** (2002). *Democratic Phoenix. Reinventing political activism*. New York: Cambridge University Press.

- Palermo, V.; Reboratti, C.** (2007). *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre argentinos y uruguayos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Peruzzotti, E.; Smulovitz, C.** (comp.) (2002). *Controlando la política. Ciudadanía y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Temas Editorial.
- Pousadela, I.** (2010). *Entre la deliberación política y la terapia de grupo. La experiencia de las asambleas barriales-populares en la Argentina de la crisis*. Buenos Aires: CLACSO.
- Plot, M.** (2008). *La carne de lo social*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rosanvallon, P.** (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Schnapper, D.** (2004). *La democracia providencial. Ensayo sobre la igualdad contemporánea*. Rosario: Homo Sapiens.
- Schneider, C.; Welp, Y.** (2011). “¿Transformación democrática o control político? Análisis comparado de la participación ciudadana institucional en América del Sur”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, n° 40, Mayo, Quito.
- Svampa, M.; Pereyra, S.** (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Torre, J.C.** (2003). “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre la naturaleza y los alcances de la crisis de representación partidaria”, en *Desarrollo económico*, vol. 42, N° 168, Enero-Marzo.
- Warren, M. E.** (ed.) (1999). *Democracy and Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fuentes periodísticas (por fecha de aparición)

“Toda la oposición se movilizó en el cacerolazo del 18-A”. *La Nación: Política*, 18 de Abril de 2012.

Manuel Mora y Araujo. “Cacerolas y falta de proyecto político”. *Perfil: Temas*, 22 de Septiembre de 2012.

Edgardo Mocca. “La oposición inhibida”. *Página/12: El país*, 5 de Noviembre de 2012.

Matías Moreno. “Donda: El 8N es una convocatoria ciudadana, si vamos los políticos la enturbiamos”. *La Nación: Política*, 8 de Noviembre de 2012.

“8N: la oposición convocó pero no participará de las marchas”. *Clarín: Política*, 8 de Noviembre de 2012.

“El 8N ya impacta en la política: la oposición intenta capitalizar el masivo cacerolazo”. *La Nación: Política*, 9 de Noviembre de 2012.

Horacio González. “La multitud abstracta”. *Página/12: Opinión*, 9 de Noviembre de 2012.

“El mensaje de las cacerolas según los intelectuales”. *La Nación: Política*, 9 de Noviembre de 2012.

“La oposición destacó la masividad y los reclamos”. *Perfil: Política*, 10 de Noviembre de 2012.